

Julio Escámez: el arte y la poesía hacen posible la revelación de las esencias

Suplemento Cultural n.º 36,
julio 1996

Julio Escámez vive en Costa Rica desde 1974, en donde ha pintado y ejercido la docencia en la escuela de artes plásticas de la Universidad Nacional; recientemente, en el mes de marzo del año en curso, expuso en la Galería Nacional de Bellas Artes de Chile, y próximamente saldrá a luz en San José un libro sobre su obra. Con ocasión de estos dos acontecimientos el Suplemento Cultural entrevistó a este pintor-filósofo que trabaja sin descanso en su casa-pajarera de San Pedro de Barva, en Heredia.

El artista: un humanista

Yo pienso que el artista en general, y los que



cultivamos este oficio de crear imágenes en particular, necesitamos una concepción del mundo amplia. Es tan acuciosa la realidad actual que impele a tener una noción general del mundo y del estado de la humanidad para, a partir de eso, concebir las imágenes que puedan dar cuenta, desde una posición humanista, de toda esta complejidad.

Las primeras luces

Los individuos son, en realidad, producto del conjunto de las relaciones sociales e históricas. Esto determina el lugar en que uno está ubicado en la estructura social. Desde esta concepción intento explicar cómo se fue conformando mi conciencia social, mi manera de percibir el mundo, de articular los elementos de la realidad que en gran medida están supeditados



al sistema de valores que nos han inculcado institucionalmente, la manera como la conciencia crítica emerge difícil y dramáticamente.

La ubicación dentro de la estructura social de mi familia, la clase media empobrecida, determinó mi visión del mundo. Mi padre, de origen español, sufrió el drama de la Guerra Civil Española, cuando las aspiraciones del pueblo fueron aplastadas por el golpe fascista; él nos hablaba del renacimiento cultural vivido durante el breve período republicano. En él prevalecía un sentimiento de una opción histórica truncada, sentía en el alma, al igual que muchos otros españoles, unas aspiraciones de progreso segadas por un régimen reaccionario y cruento. Ese fue el ámbito dramático en el que transcurrió mi infancia y mi adolescencia.

La llegada a mi país de millares de refugiados españoles, los que pudieron escapar de la razia sangrienta, sus más esclarecidos valores culturales como Machado, García Lorca y Miguel Hernández asesinados, marcaban mi imaginario, así como todos aquellos que comenzaban un largo exilio: Manuel de Falla, Pablo Casáis, Luis Buñuel, Rafael Alberti y muchos otros.

Mi madre poseía un carácter sereno y sensible, carácter que contrastaba

con el de mi padre, que era enérgico y voluntarioso. Fue ella quien advirtió mi inclinación hacia la expresión artística. Desde temprana edad fui retraído, no participaba de los juegos y me dejaba llevar por la imperiosa necesidad de dibujar en toda superficie que encontraba disponible. Mi padre observaba con inquietud mi temprana vocación, y como hombre forjado en la dura experiencia de una vida esforzada, no encontraba nada promisor en mi afición por el arte. Solía advertir que a los artistas les espera una existencia miserable; «se morirá de hambre en la puerta de una panadería», sentenciaba.

En estas estrechas condiciones de existencia familiar no había recursos económicos para costear una educación artística, menos en una ciudad de provincia como aquella en la que vivíamos. Terminado el bachillerato en humanidades me vi obligado a desempeñar diversos oficios como aprendiz de litógrafo y empleado de una pulpería, hasta que se presentó la oportunidad de ingresar a una academia de arte fundada por una persona excepcional: el pintor Adolfo Berchenko; este era un trahumante siempre asediado por la policía política durante la dictadura de González Videla; pesaban sobre su existencia dos estigmas: ser judío y comunista. Sus enseñanzas fueron



valiosas, solía decirme: «Mientras más comprometido estés con el drama humano, tendrás una conciencia social y estética más profunda». Él me vinculó con el pintor y muralista Gregorio de la Fuente, quien me contrató como ayudante en la ejecución de grandes pinturas al fresco que le habían encargado para el nuevo edificio de ferrocarriles.

Con algunos ahorros pude viajar a la capital y matricularme en la Escuela de Bellas Artes y en la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile. En estas escuelas había una gran inquietud política, eran tiempos difíciles, pues el país pasaba por una profunda crisis política bajo un Gobierno reaccionario comprometido con los capitales foráneos que explotaban nuestros recursos, fundamentalmente la minería. Uno de los líderes políticos en la Escuela de Bellas Artes era el eminente pintor José Venturelli, que habría de ejercer una gran influencia en quienes recién ingresábamos al plantel. Sus ideas revolucionarias encontraron en mí una conciencia ávida de una interpretación de los acontecimientos que en esos momentos sacudían nuestras existencias. Estas fueron las tempranas influencias que ayudaron a perfilar mi conciencia crítica y una más certera concepción de la función del arte.

Hay que conocer al ser humano en todas sus expresiones

Luego salí de mi país, Chile. La primera vez que lo hice fue por aventura. Me atraían los viajes, ya que había leído los libros de los naturalistas del siglo XIX, a Humboldt, a Darwin, al capitán Cook, y ese mundo descrito me llenó de entusiasmo para emprender solo, siendo estudiante, un viaje arriesgado por América; estuve en la cuenca del Amazonas y con grandes riesgos navegué por ese río, en el altiplano boliviano, en Ecuador, todo con el mínimo de recursos, quedando, a veces, en el mayor desamparo. Ese espíritu de conocimiento, esa angustia por conocer el mundo, fue como un prurito que tuve desde mis primeros años de adolescencia.

Cuando regresé a Chile me quedaba por conocer la cultura europea; los modelos de perfección aún eran europeos y eso me llevó a Europa, pero esta vez con mejor suerte, porque fui agraciado con una beca; estuve en Florencia y en otras ciudades de la Toscana estudiando la pintura mural: Giotto, Piero de la Francesca... todos esos pintores que llenaron al principio mi mundo imaginario. Yo llevaba ya un buen acopio de conocimientos, de oficio, porque había sido ayudante de pintor muralista y



esto me ayudó a la comprensión de aquellos pintores, su gran maestría, su gran oficio.

La mayor riqueza espiritual, sin embargo, no es adquirida solo por el conocimiento de las grandes obras, sino también por el conocimiento de la gente, de sus culturas; esto me llevó a emprender posteriormente largos viajes, tan largos que ahora, echando una vista atrás, pienso que se debió a mi vitalidad juvenil el hecho de que sorteara grandes dificultades, que no trepidara al emprender grandes travesías por este planeta; tal es así que viajé con mínimos recursos por todo el sudeste asiático; estuve en la India, China, Japón (en el cual estuve tres veces y en donde estudié a los maestros del grabado japonés; trabajé en el taller de Hanpei Okura, uno de los grandes grabadores).

Entonces yo pienso que esto debe ser, en gran parte, la aspiración de todo joven: el conocimiento de este mundo, y no anquilosarse en una práctica reducida de su arte; el conocimiento del mundo le hace tener una visión más profunda y rica del ser humano, de la diversidad de sus circunstancias, de sus diferencias y riqueza culturales; el mundo es rico precisamente por la diversidad, que no por la homogeneidad, que es hacia lo que parece que tiende el

mundo actual; de allí que, de alguna manera, por el interés que he tenido por el ser humano, haya arribado a un tipo de pintura que un crítico de arte chileno acaba de caracterizar como «pintura filosófica».

Sobre la función del arte

Pertenece a una época en que impera una gran confusión en el ámbito de las ideas. En lo que concierne a los valores estéticos, esta confusión ha generado las más diversas concepciones exteriorizadas en teorías acerca de la naturaleza del arte y su función social.

Los grandes aparatos culturales sometidos a la ideología dominante (constituidos por instituciones oficiales, sistemas de galerías, promoción propagandística y críticos —que no son más que agentes de promoción del arte—) han sometido al artista y su producción a la estética condicionada por la especulación mercantil; así, el producto artístico se vuelve una confección a la medida de esos intereses.

El imperativo económico de la circulación de la obra de arte como mercancía ha transformado el objeto artístico en algo ficticio y, la mayor parte de las veces, carente de calidad. Se ha hipertrofiado el carácter

esencial del objeto artístico como forma de conocimiento, lo que ha limitado el desarrollo de la conciencia humana, se da, así, una trágica fuga de la conciencia de los individuos, subsumiéndolos aún más en la alienación social y cultural.

Pienso que el artista, consciente de esta tragedia cultural que enfrenta la civilización, debe luchar contra el decaimiento espiritual que, sin el influjo del arte, convierte en estéril el alma humana, dejando inerte a la psique colectiva ante la masificación comercial con su carácter agresivo e irracional, que estimula las tendencias más negativas y alienantes. Estoy convencido, a través de mi experiencia estética profundamente relacionada con los otros aspectos del conocimiento, que el arte es un medio esencial del desarrollo de la conciencia humana; su significación consiste en que es una forma especial de la creatividad humana en la que, de una manera específica, opera imaginativamente en la realidad y el pensamiento, sin aplicar los procedimientos lógicos y experimentales de la ciencia. Sin embargo, desde su propia especificidad, es capaz de alumbrar la naturaleza de las cosas: al no conferir sentido unidimensional a la percepción de los fenómenos, abarca un conjunto mayor de relaciones y síntesis llevando el

conocimiento a niveles jerárquicos de mayor significación. De este modo, el arte ha concebido nuevos aspectos de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humanos, áreas no exploradas por la ciencia. El arte permite decodificar los contenidos ideológicos subyacentes en toda la simbología social, develando así las contradicciones que ocultan.

El arte y la ciencia se complementan en el proceso de conocimiento. La ciencia depende más del análisis, del razonamiento lógico y de la descripción explícita y experimental. Me atrevo a sostener, sin embargo, que tanto el arte como el lenguaje verbal, cuando este último rompe su estructura y nace la poesía, hacen posible la revelación de las esencias.

Costa Rica en la vida de Julio Escámez

Los sentimientos de pertenencia son muy complejos. Desde mi primer viaje encontré un continente unitario no obstante la diversidad étnica que constituye a América; esa es la maravilla de América, su mayor riqueza. Y yo me sentí, ante todo, como un habitante de este continente, y lo quiero expresar con una frase que no es mía, sino de mi colega que vive aquí también y que es chileno, Osvaldo Salas; él dijo que viviendo en Costa Rica y



no en Chile la sensación que tenía era que simplemente había cambiado de barrio. Y ese es el sentimiento que yo tengo; Costa Rica me acogió generosamente y me ha brindado algo que es esencial al ser humano: un lugar de trabajo que se ha transformado en la razón de mi vida; no me siento obligado, sin embargo, a estar expresando siempre mi gratitud, puesto que mi actitud de estar constantemente produciendo no es más que el deseo de contribuir, modestamente, al desarrollo de este país, con este lugar tan grato, con su clima, con su gente sencilla. Ese es mi sentimiento en general. Mi mayor identificación es con América, y no con las patrias en particular, mi concepción bolivariana se ha acentuado. No sufro de extrañamiento ni alejamiento.

Exponer en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile

El hecho de que yo haya estado tantos años ausente de Chile, con esporádicas apariciones pero simplemente como un visitante, que no haya estado presente constantemente hizo que yo fuera perdiendo vigencia en ese medio. Por lo tanto el volver fue, como lo dijo el director del museo, Milán Ivelic, una manera de retomar a la memoria y de volverme vigente otra vez allá. Fue una necesidad que sintió el anterior director

del museo, Nemesio Antúnez, por la cantidad de artistas que tuvieron que abandonar Chile y que han ido siendo relegados al olvido en un país que ha ido cambiando en forma muy dramática, en el cual hay una tendencia a borrar el pasado, hay una amnesia en muchos aspectos inexplicable; fue, por lo tanto, una iniciativa para que no solo pintores, sino también escritores, actores y músicos volvieran. Así que él fue quien me invitó a exponer mi obra en esa que es la mayor institución dedicada a las artes en Chile, con el fin de que yo entrara en vigencia otra vez.

Para mí fue sorprendente la resonancia de la exposición. Después de tantos años uno piensa que mucha de la gente que conoció ya no está, que está fuera del país y, en general, uno desconoce su destino; por eso, fue agradable ver cómo llegó tanta gente que incluso yo creía que ya no existía. Fue muy emocionante para mí encontrarme con ese Chile conocido y desconocido que llegó en gran número a la exposición.

Se ocuparon cinco salas de veintidós metros de largo cada una, de las cuales una estaba dedicada al dibujo, otra al grabado y las tres restantes a la pintura. Me hicieron muchas entrevistas para medios escritos, tres



programas enteros de televisión, etc. En todos los programas hice referencia especial a mi vida en este país, a mi labor como pintor en este lugar que me brinda la tranquilidad, el reposo, el silencio que todo artista necesita y que me es tan grato. Hice referencia también a un libro sobre mi obra que saldrá publicado próximamente. Ha sido editado por una editorial costarricense llamada Nuestra Tierra, que dirige el editor Pedro Parra. Es de formato agradable, con tapas duras, con sobrecubierta en colores y contiene algunas notas: un prólogo de Neruda referido a mi pintura, luego presentaciones de los dos últimos directores del Museo Nacional de Bellas Artes de Chile y, después, unas notas más que son una especie de bosquejo de mi iniciación como artista, que titulé «Páginas dispersas»; la segunda y tercera parte del libro son reproducciones de dibujos y pinturas.

Hacia el futuro inmediato

Mis perspectivas para el futuro son las siguientes: soy docente, he tratado de dar lo mejor de mi vida y mi conocimiento a los muchachos que tienen interés en aprender y en crearse una conciencia artística amplia, crítica, que no se circunscriba al aprendizaje limitado de un oficio con una corta visión del mundo; algunos de ellos vienen constantemente a mi casa, yo no quiero que ellos sean un reflejo de lo que yo pienso, sino que tengan una independencia de criterio. Quiero continuar con esta práctica. Luego, en marzo de 1997 vuelvo a Chile a presentar una exposición en la ciudad de Viña del Mar, auspiciada por la Fundación de Cultura de la ciudad, y luego esa exposición se traslada a Concepción, en donde yo fui profesor de la universidad de la ciudad y donde se está preparando un reconocimiento de toda mi labor; con esta exposición concluiría mi trayectoria en Chile y regresaría a Costa Rica, a la cual ya considero mi hogar, para seguir sirviendo dentro de lo posible al desarrollo de la conciencia artística.



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Sin Derivadas 3.0 Costa Rica.